

GRUSTÁN

Localidad despoblada perteneciente al municipio de Graus, en la comarca de la Ribagorza, situada sobre una peña a 868 m de altitud, en la margen derecha del río Ésera. Dista 5 km de Graus en dirección norte; se accede a ella por una empinada pista que parte de la carretera C-139 en dirección a Benasque, a las afueras de la capital comarcal, en el paraje denominado Regrustán.

La población, vacía desde la década de 1960, se asienta sobre la extensa planicie que forma la peña en su cima, desde la que se obtienen unas magníficas vistas sobre los valles del Ésera y del Isábena, dominando hacia el Este la amplia vega que se extiende delante de Graus, así como la villa de Capella y la sierra del Castillo de Laguarres. Hacia el Norte establece comunicación visual con Panillo, Torre de Obato y Fantova, mientras que al Suroeste domina la sierra que lo separa de Secastilla y del valle del Cinca. Tuvo, pues, una posición estratégica desde el punto de vista defensivo.

La primera mención conservada sobre Grustán data del 29 de octubre del año 1069, cuando aparece como testigo, en un documento otorgado por el rey Sancho Ramírez y entre otros *seniores* o tenentes de localidades de la zona, *Enecho Açnareç in Girostano*. En el año anterior, un *Eneco Acenar* testifica otro documento de este mismo monarca, por el que se renovaba la dotación de la sede de Roda. Dos décadas después, la tenencia figuraba en manos de un caballero que formaría un destacado linaje ribagorzano apellidado con este topónimo: García Ximénez de Grustán. Este notable personaje aparece en repetidas ocasiones testificando documentos reales, con las variantes "Grostán" o "Grostano" en su apellido. Participó destacadamente en las campañas de reconquista de la zona de Monzón y el Bajo Cinca, en los años finales del reinado de Sancho Ramírez y sobre todo con Pedro I. De hecho, parece ser que en Grustán se reclutaron las huestes que protagonizaron la conquista de Monzón en 1089, dirigidas por el propio García Ximénez.

Se vislumbra, por tanto, la importancia de la tenencia de este lugar en esa época. Grustán probablemente se fortificó en las décadas anteriores a la toma de Graus, pues es un punto relevante en la estrategia del asedio de esta importante plaza.

Algunas de las primeras referencias documentales en que aparece Grustán se encuentran en instrumentos otorgados en relación con el monasterio de San Victorián. Debió de haber algún vínculo muy temprano con este cenobio, aunque Grustán no aparecerá como lugar dependiente de él hasta la segunda mitad del siglo XVI.

En 1098 Pedro I donó Conchel a la iglesia de Santa María de Monzón, exceptuando algunas propiedades particulares que él había donado anteriormente a este García Xemenons de Grostán, para que lo poseyera su linaje perpetuamente, por mano del obispo de Roda. Grustán pasaría luego a manos de su hijo, García Garcés o Garciarcez de Grostán. Éste apoyó decididamente a Ramiro II en las dificultades que tuvo al inicio de su reinado frente a los nobles y las órdenes militares, por lo que figuró en su séquito y recibió diversas prebendas y favores. En 1134 el nuevo rey le dio la villa y castillo de Grustán, que pasó a ser, por tanto, lugar de señorío. García Garcés aparece firmando, por ejemplo, el privilegio de confirmación de sus Fueros a Jaca, en ese mismo año; y al año siguiente firma en la donación por Ramiro II de la villa de Ponzano a Gil de Lascellas. En esta fecha se le menciona como *Garcia Garcez de Grostan in Castro*, lugar este último cuya tenencia también debió de serle concedida por el rey Monje. Con anterioridad ya había conseguido la posesión del feudo de Besiáns y del señorío de Güel. García Garcés es mencionado como *maior domo* del rey y un hermano suyo, Pedro, como *alferiz*. Este último donó unas casas a la iglesia de San Salvador de Zaragoza en enero de 1135. La estrella de este linaje debió de decaer en el siglo XIII, pues en las relaciones de pagos de la décima papal para las cruzadas efectuadas en los años 1279 y 1280, el tributo del abad de Grustán era muy reducido, lo que indica una situación del lugar no muy boyante. En esa fecha pertenecía al arcedianato de Tierrantona.

Pasó en algún momento a pertenecer al condado de Urgel, pues figura como una de las propiedades que se confiscaron a su titular, Jaime, en 1416 tras la rebelión de éste contra el nuevo rey de

Aragón, Fernando I, al no reconocer la decisión tomada en el Compromiso de Caspe. Grustán fue otorgado al obispo Diego Gómez de Fuensalida, pero éste renunció a la propiedad, aunque reservándose algunos derechos, de forma que el rey Alfonso V concedió ese mismo año el lugar a Pelegrín de Jassa, primer maestre racional del reino de Aragón. La donación fue confirmada en 1418.

En la segunda mitad del siglo siguiente figura como lugar de señorío eclesiástico, dentro del condado de Ribagorza, en propiedad del monasterio de San Victorián. En 1610, en la relación de Juan Bautista Labaña, se indica que pertenecía al obispo de Barbastro y que contaba con 30 vecinos. Seguía siendo de señorío eclesiástico en 1785.

Iglesia de Santa María de la Peña

ES UN EDIFICIO COMPLEJO, producto de tres momentos constructivos principales: uno románico tardío, otro renacentista y otro de finales del siglo XVII. No se conservan datos documentales sobre su construcción aunque sí dos fechas inscritas en los muros de la propia obra, 1564 y 1672, que nos proporcionan datas concretas para las ampliaciones realizadas.

La parte románica de la iglesia, que es la principal, sorprende por sus dimensiones. Se proyectó un templo de nave única con capillas laterales poco profundas y ábside de planta semicircular. La nave es de gran amplitud, lo que obligó a trazar un ábside igualmente amplio que ofrece un aspecto de imponente rotundidad, sobre todo hacia el exterior. Esas considerables dimensiones en anchura no se corresponden con una proporción adecuada en longitud, pues la nave tiene un solo tramo, lo que la hace excesivamente corta.

Da la sensación de que la obra emprendida inicialmente se hubiera interrumpido y no llegara a concluirse según el plan previsto. La nave se corta abruptamente y se remata con un cuerpo adosado mucho más estrecho y con dos niveles

en altura, que se complementa con un esbelto torreón semicircular donde se aloja una escalera de caracol que sirve para acceder al tejado y a la torre campanario. La torre, por su parte, se encuentra adosada al muro sur y posee un cuerpo inferior abierto, abovedado, que a modo de porche protege la portada de la iglesia. El último elemento añadido a la obra original es la sacristía, que se adosó a la cabecera, ocultando la parte sur del muro absidal.

Es una obra de gran finura, de cuidada ejecución y realizada con materiales de primera calidad, que a primera vista no se corresponde con la visión de ruina que ofrece el resto del pueblo. Pero Grustán, aunque siempre debió de ser una localidad pequeña, no fue un lugar pobre, como delata el aspecto señorial de sus casas principales que todavía se mantienen parcialmente en pie, algunas de las cuales poseen capillas privadas.

El material empleado en la construcción de la iglesia de Nuestra Señora de la Peña (advocación, por cierto, que coincide con la de la basílica de Graus) es piedra sillar muy bien trabajada y escuadrada, de buen tamaño, asentada en hiladas



Vista general desde el lado noreste



*Vista general desde
el lado noroeste*

perfectamente regulares y unidas apenas con una ligera lechada de mortero. La obra de la parte románica, correspondiente al ábside y los muros laterales, se caracteriza por el empleo de un tipo de piedra de color dorado y por la aparición de numerosas marcas de cantero que reproducen un repertorio limitado de señales, básicamente ángulos, cruces y letras. Los cuerpos añadidos se levantaron, en su mayor parte, con piedra de color grisáceo y blanquecino.

El gran ábside, de aspecto monumental, posee un tambor liso solo animado por la línea de sencillos canecillos moldurados que corre bajo el alero y por la ventana de medio punto y doble derrame que se abre en su centro. Su tercio inferior es ligeramente saliente constituyendo una especie de zócalo. Por encima del ábside sobresale el muro del hastial oriental, horadado modernamente por una abertura de iluminación.

El muro norte es prácticamente liso, a excepción del cuerpo levemente saliente de la capilla abierta en este lado, contemporánea a la ejecución del primitivo templo románico, que se cubre con tejadillo a dos aguas. Como en el ábside, corre a lo largo de todo el alero una serie de canecillos iguales, bajo una sencilla cornisa biselada. En el extremo occidental se encuentra el cuerpo adosado a los pies, más estrecho y por lo tanto, retranqueado. Cubierto a dos aguas, bajo el alero aparece esta vez una fina cornisa en gola y bajo éste se abre una ventanita adintelada de jambas y dintel biselados.

En la zona de los pies se halla, junto a este cuerpo occidental, el torreoncillo semicircular que aloja las escaleras y uno de los lados de la torre, que por esta parte es prácticamente ciego. Los sillares del cuerpo occidental y del torreoncillo presentan numerosas marcas de cantero, especialmente

en la zona de conexión entre estos dos elementos, constando exclusivamente de números y que parecen haber servido de guía en la colocación de las piezas de esta zona arquitectónicamente más compleja.

La torre es de base cuadrada y tiene dos cuerpos separados por una moldura. Su frente da al Sur y en él se abre el pórtico que cobija la portada, abovedado en medio punto, más dos vanos para campanas en el cuerpo superior, que se reducen a uno en los flancos este y sur. El cuerpo inferior está construido a base de grandes sillares sólidos y bien trabajados, mientras que el de campanas se levantó, o más probablemente se rehizo, con sillarejo en mampostería.

La portada de la iglesia, protegida por la torre, se abre en arco de medio punto moldurado que apoya sobre impostas salientes decoradas con ovas. Las dovelas que forman el arco son grandes y lisas, la central lleva la fecha 1564.

El muro norte es igualmente complejo, pues además de la torre, se encuentra aquí la sacristía adosada a la cabecera, que oculta parcialmente el ábside. Entre ambos cuerpos salientes discurre el muro de la fábrica románica original, en dos niveles, el superior es propiamente el muro lateral de la iglesia, mientras que el inferior corresponde a la capilla de este lado, que tuvo una aspillera muy prolongada en altura y hoy tapiada. Se cubre con tejado a una vertiente apoyado sobre una cornisa biselada similar a la que hallamos en el resto de la fábrica románica, aunque aquí sin canecillos. Estos sí aparecen en la parte superior, la correspondiente al muro de la nave, en el que se abrió tardíamente un vano adintelado. En el muro de la capilla se pueden observar abundantes marcas de cantería que se repiten tanto en los muros de la nave



Interior del ábside

como la bóveda y en el ábside, lo que indica un momento constructivo único para la nave, la cabecera y las capillas laterales.

La sacristía ofrece un aspecto similar al del cuerpo añadido a los pies de la iglesia, tanto por el tipo de piedra utilizado como por la cornisa que corre bajo el alero, similar en ambos. Contó con una amplia ventana adintelada, hoy tapiada.

En el interior, aunque la fábrica se conserva en buenas condiciones, sobrecoge su estado de abandono. El conjunto sufrió una remodelación en época renacentista, seguramente en torno a la fecha antes señalada de 1564, consistente en la colocación de un gran retablo en la cabecera que ocultó el ábside; en la reforma de las capillas laterales, que originalmente fueron apuntadas (como puede observarse todavía en la del lado sur, el vértice de cuyo arco asoma por encima de la nueva embocadura de la capilla) y que pasaron a ser de medio punto; en la colocación de dos esbeltas columnas bajo el único arco fajón que posee la bóveda, con basas áticas y capiteles lisos y en la adición de una imposta moldurada que corre a lo largo de los muros y en la embocadura del ábside, deteniéndose en el lugar donde se colocó el retablo. Sobre

él, en la parte delantera del casquete absidal, se pintaron al fresco con una calidad más que aceptable, las figuras de los Padres de la Iglesia centrados por la paloma del Espíritu Santo y varias cabezas de angelotes.

Hoy el retablo, que estaría dedicado a la titular de la iglesia, es decir a la Virgen María, ha desaparecido y puede observarse la parte central del ábside en su estado original, con la sillería a la vista, la pequeña ventana de medio punto en su eje y una sencilla imposta biselada que separa el tambor del casquete absidal. También quedó libre de reformas, aunque oculta bajo una capa de revoco, la bóveda de la nave, de cañón apuntado y reforzada con un arco fajón hacia la zona de los pies. Probablemente este arco se apoyaría sobre ménsulas que quedarían ocultas al colocar las columnas, anteriormente señaladas, en época renacentista.

Finalmente, en los pies se abren los dos arcos correspondientes a los dos niveles del cuerpo adosado en esta parte, de medio punto el inferior y rebajado el superior, donde estuvo el coro. Lo más llamativo de esta zona es que estas aberturas no están centradas con el eje del templo, sino claramente desplazadas hacia el norte; ello es debido a la presencia en el costado sur del torreoncillo de las escaleras para la torre, pero ofrece un aspecto de solución mal resuelta. La bóveda del nivel inferior está decorada con pinturas barrocas muy populares.

Dado el apuntamiento de la bóveda de la nave, así como el de los arcos de las capillas, y también por la gran amplitud que presenta, hay que fechar la construcción inicial de la iglesia en un momento tardío del románico, claramente ya en pleno siglo XIII. La remodelación interior y la transformación de las capillas laterales, como ya se ha indicado, es renacentista y cabe adscribir a este momento, igualmente, la construcción de la torre y la portada de la iglesia. Con posterioridad, quizá en coincidencia con la fecha que figura en el reloj de sol de la torre, 1672, se adosaron el cuerpo occidental y la torrecilla semicircular, así como la sacristía. Es construcción claramente posterior, pues los sillares de la torreta apoyan sobre la fábrica de la torre. Finalmente, la parte superior de esta última sería rehecha mucho después, lo que se deduce del cambio de aparejo constructivo en el cuerpo de campanas, de muy inferior calidad al resto de la obra.

Texto y fotos: MSM

Bibliografía

AA.VV., 1996c, pp. 523-524; ARAMENDÍA, J. L., 2001b, pp. 46-49; ARCO Y GARAY, R. del, 1920, pp. 307-461; GARCÍA OMEDES, A., www.romanicoaragones.com/grustan/SantaMaria; IGLESIAS COSTA, M., 2003-2004, 2, pp. 280-289; LA CANAL, J., 1856, XLVI, pp. 232-234; MUR LAENCUENTRA, J., 2003, pp. 82-83; RIUS SERRA, J., 1946, I, p. 121; RIZOS JIMÉNEZ, C., 2005, pp. 195-214; SIPCA; UBIETO ARTETA, A., 1951, docs. 6, 14, 45 y 50; YELA UTRILLA, J. F., 1923, doc. 21, p. 348; YELA UTRILLA, J. F., 1932, p. 163.

Ermita de San Miguel o de los Templarios

PERTENECIENTE AL ANTIGUO NÚCLEO DE GRUSTÁN y hoy al municipio de Graus, esta ermita dedicada a San Miguel, conocida popularmente como “de los Templarios”, se encuentra en la margen derecha del barranco de la Ubaga (que significa “lado sombrío”), en la vertiente norte de la sierra de San Pedro, que se encarama sobre la población de Graus. Se accede hasta ella por un desvío señalizado en el sendero que conduce de Graus a Grustán, hacia la izquierda, tras cruzar el barranco de la Ubaga.

Parece ser que su ubicación en este lugar se debió al hecho de que junto a ella discurría el antiguo camino que comunicaba las poblaciones de Grustán y Secastilla y por tanto, en el trayecto que conectaba los valles del Ésera y del Cinca, hoy parcialmente perdido.

Se encuentra en estado de ruina, colmatado su interior por los escombros de la bóveda de su nave, caída hace tiempo, y rodeada e incluso invadida por la maleza y el arbolado. Mantiene en pie sus muros hasta la altura del arranque de la bóveda y una porción del ábside, derruido en su parte central. Fue un templo de notables proporciones y calidad en su factura, nada semejante a las rústicas ermitas que pueblan los montes salpicando el territorio.

Está construida a base de sillares trabajados a pico, de diferentes tamaños y colocados en hiladas de disposición cuidada pero de ritmo irregular; alternan algunas de grandes sillares cuadrados con otras de piezas alargadas y estrechas, en las que se intercala algún sillar puesto a tizón. Los muros son de un grosor considerable, tal como puede apreciarse en

la parte derrumbada del ábside, y tienen un relleno interior de conglomerado pétreo muy consistente.

El edificio está situado sobre una ladera y muestra un considerable desnivel hacia la cabecera, de manera que el ábside tiene una gran altura que se reduce en la nave. Por el exterior el muro de los pies apenas asoma un metro del suelo, debido a derrumbes y deslizamientos de materiales que lo han ocultado casi por completo, así como también han hecho lo propio con parte del muro sur. El muro norte, por el contrario, está desembarazado de este tipo de materiales y puede verse completo, es un muro ciego, compacto, bien aparejado, con un estrecho zócalo en la parte más cercana a la cabecera y numerosos huecos, a modo de mechinales, que parecen haber servido de apoyo alguna vez a una estructura de madera. El breve zócalo enlaza junto al ábside con un resalte en el muro que adopta la forma de una ancha pilastra.

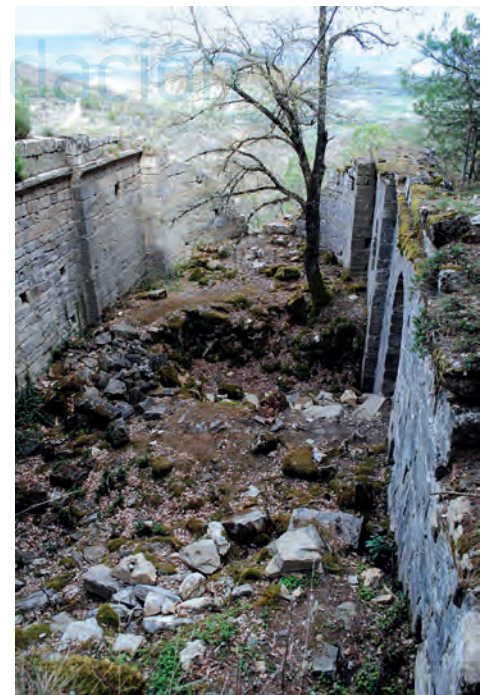
En el muro sur se sitúa la portada, actualmente medio colmatada por los materiales de la ladera, de forma que es mucho más baja en el exterior que en el interior. Se abre en un amplio arco de medio punto aunque en la parte exterior ha perdido las dovelas y tan solo puede apreciarse el arranque de su perfil desde la imposta. Se prolonga en un paso abovedado que salva el grosor del muro y que al interior se resuelve en un fino y sencillo arco de medio punto dovelado. En este mismo muro, en el tramo inmediato a la cabecera, hay una ventana también de arco de medio punto, con doble derrame.

El ábside, más estrecho que la nave, se alza sobre un potente basamento o zócalo algo saliente. La parte central,

Vista desde el lado sur



Interior



hoy derrumbada, seguramente alojó una pequeña ventana en el eje del tambor. Dado que el desnivel del terreno determina una mayor altura en esta parte del edificio, se ha aventurado la posibilidad de que existiese una cripta, hipótesis que para comprobarse precisaría el desescombro del interior de la iglesia.

La nave es amplia y proporcionada. La zona del ábside y la del presbiterio se diferenciaron con sendos retranqueos en los muros. Su bóveda, hoy desaparecida pero que probablemente fue de cañón corrido, arrancaba de una imposta biselada, lisa, que todavía se conserva.

Las características constructivas del conjunto llevan a datar el edificio en las primeras décadas del siglo XII.

Hubo hasta fechas relativamente recientes varias tumbas de piedra, antropomorfas, en el exterior del recinto, según

afirma la tradición oral. De ellas hoy solo se conserva una, en la zona cercana a la puerta, con el sarcófago partido y la tapa, una gruesa losa de piedra, arrumbada junto a ella.

También es la tradición oral la que ha mantenido el nombre de "los Templarios" para esta iglesia, sin que exista documentación al respecto que pueda corroborar la presencia de esta orden militar en este lugar en concreto, aunque sí obtuvo posesiones en Graus y en otros enclaves cercanos.

Texto y fotos: MSM

Bibliografía

AA.VV., 1996c, pp. 523-524; ARAMENDÍA, J. L., 2001b, pp. 46-49; IGLESIAS COSTA, M., 2003-2004, 2, pp. 280-289.

